

Brian E. Daley, *Cristo, el Dios visible. La fe de Calcedonia y la cristología patristica*, Ed. Sígueme, Salamanca 2020, 381 pp. [*God visible. Patristic Christology Reconsidered*, Oxford University Press, Oxford (UK) 2018].

Recensión de Juan Manuel Cabiedas Tejero publicada en
Efemérides Mexicana 38, n.113 (2020) 347-350

Unos meses después de la publicación en 2017 de la edición crítica de las obras de Leoncio de Bizancio (cf. *Leontius of Byzantinus. Complete works*, Oxford University Press), Brian E. Daley ha dado a conocer al público esta monografía, elaborada tras su participación como invitado en el año 2002 en las *D'Arcy lectures* organizadas por la Universidad de Oxford. En *Cristo, el Dios visible* este destacado discípulo del respetado profesor Aloys Grillmaier (1910-1998) ofrece una síntesis bastante certera de lo que, a su modo de ver, habría de considerarse el corazón de la cristología patristica. A saber: lo que está en juego en los intensos debates cristológicos que tienen lugar en la época patristica antes y después de la fórmula de fe lograda en el Concilio de Calcedonia (cf. cap 1: *La cristología de Calcedonia: ni principio ni fin*, pp. 21-53), no es sólo el rigor teológico (y su fidelidad a la revelación) con el que se comprende y expresa la *unidad* en Cristo entre humanidad y divinidad (ya se emplee como guía el modelo “palabra-carne” o del modelo “palabra-hombre”, según la visión clásica de Grillmaier), sino también lo que esa unidad supone para el fundamental sentido soteriológico de la fe cristiana; es decir, «la importancia paradigmática de la *persona* de Cristo en su estructura misma para revelar la manera en que Dios salva y transforma a la humanidad, para que la creación logre su propia meta [...] Al entablar relación con el mundo y con cada uno de nosotros, Dios –que de manera análoga a la persona de Cristo mismo nos hace uno consigo en nuestro modo concreto de ser, en nuestra existencia hypostática o (como diríamos hoy) personal–, nos salva de la auto-destrucción sin comprometer ni el carácter distintivo natural de lo que *somos* como criaturas humanas, ni la plenitud trascendente e inconcebible de lo que Él *es*» (p. 268).

Daley no ha pretendido elaborar una completa cristología patristica; no obstante, aunque sea necesariamente selectivo en los testimonios elegidos, a lo largo de ocho capítulos presenta las figuras de pensamiento teológico y las trayectorias de sensibilidad espiritual imprescindibles: desde la cristología del siglo II (*Odas de Salomón*, Ignacio de Antioquía, *Ascensión de Isaías*, Melitón de Sardes, Justino) hasta la *controversia iconoclasta* de los

siglos VIII-IX (Eusebio, Epifanio, Juan Damasceno, Constantino V, el II Concilio de Nicea, Nicéforo de Constantinopla, Teodoro Estudita), pasando por la obra de Ireneo, Orígenes, la problemática provocada por Arrio (Marcelo de Ancira, Eusebio de Cesarea, Atanasio de Alejandría), la respuesta crítica que merece la influyente cristología de Apolinar de Laodicea (Gregorio de Nacianceno y Gregorio de Nisa), la visión agustiniana de la persona de Cristo, la percepción de la cristología como reflexión sobre la presencia de Dios en la historia en los enfoques antioqueno y alejandrino (Diodoro de Tarso, Teodoro de Mopsuestia, Nestorio de Constantinopla, Teodoreto de Ciro, Cirilo de Alejandría) hasta el posconcilio marcado por la inestimable reflexión de Leoncio de Bizancio y Máximo el Confesor. Para que la historia fuese completa, confiesa el autor, deberían haberse considerado otras referencias, si bien menos decisivas, para el desarrollo de la comprensión de Cristo en la tradición de la Iglesia latina, siríaca y armenia (Tertuliano, Hilario de Poitiers, Efrén, Juan Magencio, Fulgencio de Ruspe, Facundo de Hermiane, etc).

En todo caso, y a la luz de los testigos aludidos, Daley consigue mostrar cómo la fe en Cristo no progresa fundamentalmente por la asimilación de una nueva y certera conceptualidad filosófica, sino por la comprensión del relato evangélico acerca de una *humanidad filial* cuyo acontecer en la vida del mundo (nacimiento de la Virgen María, milagros y enseñanzas, abandono, muerte y resurrección) constituye el signo más elocuente de lo que a la razón y la vida de la persona humana se revela progresivamente como el vértigo de la infinitud divina afincada en su entraña. En su análisis, Daley muestra que el interés de las obras y los Padres estudiados recae sobre aquello que el apóstol Pablo proclama en clave doxológica y la teología expone en clave dogmática: la identidad de Dios se revela como *substancia kenótica*, es decir, como la *communio* que constituye el principio original por el cual Dios crea el mundo y la humanidad que lo habita. La unión hipostática en Cristo de humanidad y divinidad *es y acontece* no en el sentido de una ontología de la sustancia, sino mediante el relato de una humanidad singular en marcha. Es decir, en el sentido de la comunión divina que se dona en el signo decisivo de un *proceso* de autocomunicación histórico-personal: primero en la alianza con Israel y, de manera plena, en la encarnación del Hijo. Lo que recuerdan los testimonios estudiados, antes y después de Calcedonia, es que más allá de cualquier demostración conceptual, «la visión que tenemos de Cristo, en nuestra ‘fe activa’, es suficiente para cambiarnos y cambiar nuestro mundo» (p. 125). Este es el modo en que se expresa, por ejemplo, Ireneo de Lyon en *Adversus haereses* III, 18, 7: «¿Pues de qué manera podíamos ser partícipes de la adopción como hijos e hijas [de Dios] si no hubiésemos recibido por medio del Hijo aquella compañía (*communio*) que se refiere a él

mismo; si él, su Verbo, no hubiese entrado en comunión con nosotros haciéndose carne? Por eso pasó a través de todas las edades de la vida, para restituir a todos en la comunión con Dios» (p.108).

Ciertamente, tal vez no nos sea posible ya volver sin más al estilo narrativo de una teología y una exégesis pre-crítica para hablar de la obra de Dios en la historia. No obstante, y aunque podría pensarse que el estudio de Brian Daley traslada sin más a la teología patristica el interés de la cristología moderna y contemporánea por dejar de pensar y descomponer la identidad de Cristo en términos más bien estáticos y metafísicos; sin embargo, lo que muestra precisamente es cómo continúa vigente en la actualidad el ingente esfuerzo de la gran cristología de la tradición cristiana –aun en sus extremos polémicos– por leer dicho vínculo entre el ser de Dios y la vida e historia del hombre a la luz del testimonio apostólico acerca del origen y realización del mismo en la identidad personal del Hijo.

El esfuerzo pedagógico llevado a cabo por Daley en la escritura de su libro contribuye a que, más allá de que el lector esté familiarizado con los autores y las controversias cristológicas que se abordan, esta monografía contribuya a conocer de primera mano las claves perennes de las que vive la fe cristiana.

Juan Manuel Cabiedas Tejero